

APUNTES PARA LA HISTORIA MILITAR DE LA CAPITANIA GENERAL DE VENEZUELA

(PRINCIPIOS DEL SIGLO XVIII)

por la Doctora ANA DOLORES BORGES

Profesora de la Universidad de La Laguna,
Miembro de número del Instituto de Estudios Canarios.

Tratamos de historiar el aspecto militar de un limitado período de la Capitanía de Venezuela, Provincia enmarcada entre las gobernaciones de Cumaná y Maracaibo; de extensas costas que bañan el Caribe y prolongada hacia el Sur hasta el Orinoco, en unos límites imprecisos que se denominaban Tierra Adentro.

El territorio contiene sorprendentes contrastes geográficos: costas suaves y arenosas; valles fértiles a los pies de cordilleras tortuosas, que a su vez las quiebran imponentes abismos; sierras impenetrables a causa de la exuberante flora, y llanuras inmensas que se pierden en el horizonte.

Este singular territorio de variantes caracteres y de límites imprecisos, cerrados unos a toda penetración: Los Llanos, y abiertos otros a toda peligrosa comunicación: las costas. Difícil de recorrer las tierras interiores por el obstáculo de las selvas y los ríos, supuso sin embargo, una unidad institucional de importancia política y militar, que destacó desde los primeros años de la conquista al concedérsele a la gobernación de la categoría de Capitanía General. La cual vino a representar el núcleo central de las diversas partes del territorio que a fines de siglo configuraría la posterior nación venezolana.

La geografía jugó un importante papel en la defensa de la Provincia, que en todo tiempo careció de la fuerza militar suficiente para enfrentarse con los peligros de las hostilidades exteriores e interiores en que se vio repetidas veces seriamente amenazada.

Encontramos en primer lugar, la falta persistente de un ejército organizado, con cuadros de mando capaces de imponer una seria dis-

ciplina y de ofrecer seguridad a los pueblos que repetidas veces se encontraban invadidos por piratas o flotas enemigas de la metrópoli. Se careció asimismo de fortalezas que sirvieran de defensa en los lugares vulnerables de las costas, y aún del material bélico indispensable para rechazar cualquier ataque externo.

La causa de esta desorganización y desmantelamiento se encuentra en la precaria situación económica de las Cajas Reales de Caracas, siempre exhaustas, debido en gran parte a la malversación de fondos por parte de los Ministros reales. Y también por una inexplicable negligencia de la Corona, que sin tener en cuenta la situación estratégica que el territorio ofrecía a los enemigos, desatendió esta Provincia en provecho de otros lugares más brillantes por su productividad económica.

Consecuencia de todo ello, fue una sucesión de hechos luctuosos, en los que los piratas, conocedores de la situación militar, aprovecharon la experiencia con éxito. Y las naciones enemigas de la Metrópoli arriesgaron también sus flotas en intentos de invasión. Repetimos que la intrincada geografía del territorio fue su principal defensa, ya que los invasores no osaban penetrar en el interior por temor a perecer aniquilados entre las selvas y los desfiladeros.

Hacemos destacar también el tesón de los venezolanos en la guarda y defensa de su territorio. Desprovistos en gran parte de la fuerza militar necesaria, no dudaron en agruparse en milicias y acudir a las armas, que en los primeros años del siglo XVIII fueron trágicos, e importantes para el desarrollo del ejército.

I. ORGANIZACIÓN MILITAR

La atribución sobresaliente del Gobernador de la Provincia era su doble función de Capitán General, cuyo cargo adquiere una categoría especial a causa de la importancia estratégica que ofrecía el territorio en la zona del Caribe. En la persona del Gobernador recaía por derecho, el mando supremo de las fuerzas, sin limitaciones previas. Esta doble función se tuvo en cuenta para designar las personas que representaban la máxima autoridad en Venezuela. Los Gobernadores y Capitanes Generales eran elegidos entre las jerarquías de «los ejércitos reales», con experiencia adquirida en los diferentes campos de guerra europeos.

El territorio estuvo considerado desde el punto de vista estratégico en dos zonas diferenciadas, y por tanto, sometido a un doble frente defensivo: el frente Norte en las costas, cara al exterior, manteníase alerta al acecho de los piratas e invasiones extranjeras; el frente Sur en Los Llanos, vuelto al interior, prevenía ataques de tribus indígenas.

Las principales fuerzas militares se encontraban en las Milicias, compuestas por paisanos encuadrados en una organización militar, que prestaron servicios en todo el territorio. El ejército lo formaba un reducido grupo de militares concentrados en La Guaira, cuyo Gobierno residía en la ciudad capital, Caracas, bajo el mando del Gobernador de las Armas.

El cuadro jerárquico constaba de los siguientes grados: Maestre de Campo, Sargento Mayor, Capitán de Caballería y Cabo en funciones de Capitán. Cuyos nombramientos eran extendidos por el primer mandatario de la Provincia, sin consignación de sueldo ni gratificaciones (1), por lo que es de suponer que no fueran militares profesionales, sino paisanos encuadrados en el ejército.

Sabemos que en los comienzos del XVIII la guarnición militar de Caracas la componían seis compañías de milicias y una de Caballería, en las que militaban blancos, mulatos y negros. Los blancos se agruparon en tres compañías: de «forasteros», de «criollos» y de «vecinos»; los pardos libres formaron dos compañías, y una los negros libres (2).

Como queda expresado, el ejército estaba concentrado en La Guaira al mando de un Sargento Mayor, el cual era a su vez Castellano y Justicia Mayor de sus vecinos. La guarnición la componían ciento treinta hombres, número excesivamente reducido si se atiende a la extensión de las costas que caían bajo su vigilancia y jurisdicción, ya que La Guaira fue el único baluarte de la defensa del territorio ante una posible invasión por mar. La guarnición existente no cubría las necesidades de una elemental defensa; su escaso número no alcanzó

(1) Archivo General de Indias. Sevilla, España (citado en adelante: AGI). Sección Audiencia de Santo Domingo, legajo 748. Cuadernillo de Autos. Caracas, 24-VI-1706. Idem. leg. 696. Informe de los Oficiales Reales de Caracas al Rey, 31-VIII-1708. Idem. leg. 682. Informe del Gobernador Cañas al Consejo. Caracas, 30-XII-1711.

(2) Documentos citados en nota anterior.

para completar turnos y rondas nocturnas. Si a esto añadimos que estaban mal pagados y peor sustentados, no es de extrañar que las deserciones fueran corrientes y que el número de «los infantes» disminuyera con demasiada frecuencia (3). Para reforzar la guarnición de las costas se acudió a formar Compañías de Milicias entre los negros esclavos de las haciendas, nombrando los grados de Alférez y Capitán entre ellos mismos (4). El Jefe militar de las Milicias y de la guarnición de La Guaira era el Castellano de este Puerto, cuyo nombramiento recibía del Capitán General con el sueldo de ciento cincuenta ducados por año (5).

Estas eran las fuerzas con que contaba la Provincia en las extensas costas de un territorio cuya fachada principal compartía los peligros del tumultuoso mar Caribe.

Otros lugares estratégicos alcanzaron importancia en las proximidades de las costas, por lo cual fueron asimismo reforzados por un cuadro de mando y varias compañías milicianas, que aumentaban con la categoría estratégica del lugar. Los valles de Aragua fueron considerados de capital importancia; por la fertilidad de sus haciendas eran blanco de piratas y lugar ambicionado por los enemigos de la Corona, por ello se concentraron en aquellos lugares cinco compañías. El mismo número de fuerza milicianas se creó en Santa Ana de Coro, aunque sus costas no prestaban facilidad para una inmediata invasión; en Nueva Valencia del Rey, a retaguardia de Puerto Cabello, se crearon cuatro (6).

En el interior, se reforzaron las ciudades escalonadas que conducían a Los Llanos, en evitación de asaltos y ataque por sorpresa de parte de los indígenas; así como también los lugares próximos a los poblados de indios ya reducidos, quienes con frecuencia reanudaban las luchas de entre los miembros de las diferentes tribus que componían el poblado. En todos estos lugares, la fuerza principal y única radicaba en las Compañías de Milicias que se crearon con blancos y pardos.

(3) AGI. Santo Domingo, 748. Carta del Gobernador Ponte al Rey. Caracas, 24-XII-1702.

(4) Documento citado en nota anterior.

(5) Documentos citados en nota (1).

(6) Documentos citados en nota (1).

Por los datos que nos ofrecen los documentos de la época, se deduce que la Provincia estuvo en todo tiempo desguarnecida, y que en los comienzos del XVIII, ante el peligro amenazador de la flota anglo-holandesa que tuvo cercado el territorio, se vio en la apremiante necesidad de acudir a los paisanos para incorporarlos en compañías distribuídas en lugares estratégicos. Estas compañías milicianas llegaron a alcanzar el número de treinta y tres en toda la Capitanía General, integradas por todos los hombres sin distinción de castas, incluidos aquellos que eran considerados como seres inferiores: los esclavos.

Cuadros de mando: Distribución del Ejército y las Milicias (7)

Santiago de León de Caracas: 1 maestro de campo, 1 sargento mayor, 7 compañías.

Compañía de Forasteros (130 infantes): capitán don José Felipe de Arteaga, alférez don Andrés de Landaeta, sargento Andrés Sánchez.

Armas utilizadas: de fuego y pólvora, a excepción de algunos lanceros.

Compañía de Vecinos (67 infantes): capitán don Mario de Rada, capitán don Antonio Riategui, capitán Esteban Mateo Ferrer, sargento Agustín de la Rosa.

Armas utilizadas: de fuego y pólvora, a excepción de un escaso número de lanceros.

Compañía de Criollos (127 infantes): capitán don Nicolás de Liendo, sargento don Blas de Peña.

Armas utilizadas: escopeta y garniel, escopeta y pólvora.

Primera Compañía de Pardos Libres (53 infantes): capitán Alonso Piñango, alférez Basilio Landaeta, sargento Domingo de Arrechidera.

Armas utilizadas: lanzas y escopetas.

Segunda Compañía de Pardos Libres (49 infantes): capitán Laureano Guevara, alférez Sebastián Ochoa, sargento Santiago Mendoza.

Armas utilizadas: de fuego y pólvora, a excepción de algunas lanzas.

(7) Para mayor fidelidad, empleamos los vocablos de los documentos. Esta relación corresponde al año 1706, enviada al Rey por el Gobernador y Capitán General D. Francisco Rojas y Mendoza. Caracas, 24-VI-1706. AGI, Santo Domingo, 748.

Compañía de Negros Libres (43 infantes): capitán Juan Lorenzo, alférez José Illarrosa, sargento Jacinto Pérez.

Armas utilizadas: lanzas, y en menor cantidad de fuego y pólvora.

Una compañía de Caballería, completa la guarnición de la ciudad Capital.

Como puede apreciarse por la presente relación, en las Milicias de Caracas están representados todos los estamentos sociales. El grupo oligárquico forma las Compañías de Vecinos y de Criollos; la de Forasteros, considerados como advenedizos a aquella sociedad cerrada, forma Compañía aparte. Los pardos y los negros se encuadran también sin mezclarse, ya que en su estamento había un matiz de superioridad entre aquellos que procedían de castas consideradas superiores, blanca e india, que dio lugar al denominador común de «pardos»; y los negros que estaban considerados en la escala ínfima del estamento social a causa de su origen esclavo.

En el resto de la Capitanía General, las milicias se distribuían de la forma siguiente (8):

San Sebastián de los Reyes: 1 maestro de campo, 1 sargento mayor, 1 capitán de caballos, 3 Compañías milicianas.

Nuestra Señora de la Victoria de Nirgua: 1 sargento mayor, dos Compañías de mulatos.

Nueva Segovia de Barquisimeto: 1 maestro de campo, 1 sargento mayor, 3 capitanes de caballos, 3 Compañías milicianas.

Señora Santa Ana de Coro: 1 maestro de campo, 1 sargento mayor, 1 capitán de caballos, 4 Compañías: 2 de blancos y 2 de mulatos.

Nuestra Señora de la Paz de Trujillo: 1 maestro de campo, 1 sargento mayor, 3 Compañías: 2 de blancos y una de mulatos.

San Juan Bautista de Carora: 1 maestro de campo, 1 sargento mayor, 1 capitán de caballos, 3 Compañías.

San Carlos de Austria: 1 sargento, 3 Compañías milicianas.

Guanaguánare: 1 maestro de campo, 1 sargento mayor, 1 capitán de caballos; 2 Compañías de Milicias.

Nueva Valencia del Rey: 1 maestro de campo y sargento; 4 Compañías de milicias: 1 de Caballería, 2 de blancos y 1 de mulatos.

Valles de Aragua: 1 maestro de campo, 1 sargento mayor; 5 Compañías de milicias: 3 de blancos y 2 de mulatos libres.

(8) Documentos citados en nota (1).

II. LA DEFENSA DE LA PROVINCIA

Entre los problemas que ofrecía la Capitanía General, quizá fuera el de mayor trascendencia la organización de las defensas en las inhóspitas costas, amenazadas continuamente por asaltos piráticos o por intentos de invasiones de las naciones enemigas de la Metrópoli. Se careció de material bélico y de la materia prima necesaria para su construcción; de un ejército disciplinado y de una elemental flota que oponer a los frecuentes peligros de toda clase que traía el turbulento mar Caribe. La extensión de las costas ofrecía tentadoras incursiones a los colonos extranjeros asentados en el Caribe, si bien la penetración era un gran obstáculo que salvar, a causa de la variedad geográfica del territorio, que hacía inaccesible los lugares del interior a quienes desconocían su intrincada geografía. Así, pues, la geografía vino a representar la principal defensa de la Provincia, y posiblemente a ello se debió que Venezuela no fuera invadida por las distintas naciones que apetecieron asentarse en ella.

En los años inmediatos a la declaración de la Guerra de Sucesión, pareció inminente la invasión del territorio por parte de los daneses que merodeaban el Caribe, buscando lugar de desembarco después del frustrado intento en la isla de Puerto Rico, y amenazaban las costas de Venezuela y Cumaná (9). Hacia 1698, Francia preparaba una flota con el fin de invadir y poblar el Puerto de Galán (10). Por otra parte, los escoceses continuaban sus pretensiones en el Darién y buscaban en Venezuela un lugar estratégico que les facilitara el paso hacia su efímera y pasada posesión (11).

Así pues, Dinamarca, Francia, Escocia, Inglaterra y Holanda, se disputaban las costas del Imperio español en Indias, buscando nuevos lugares de asiento, especialmente en la zona del Caribe. La muerte del rey Carlos II de Austria había de recrudecer la amenaza que se cernía en las costas venezolanas, y la Guerra de Sucesión se refle-

(9) AGI. Santo Domingo, 200. Carta de Fonte al Rey. Caracas, 10-XII-1699.

(10) Documentos citados en nota anterior y otra carta del mismo al mismo. Caracas, 31-III-1700.

(11) Documentos citados en notas (9) y (10) y otras cartas del mismo.

jó en la Provincia especialmente por los movimientos marítimos amenazadores de las flotas anglo-holandesas.

Veamos las murallas y el material con que se contaba para la empresa de defensa del territorio.

Por Real Decreto de 1608, se había ordenado conservar el fuerte del Puerto de La Guaira bajo el mando del Gobernador del territorio. A quien se facultó para nombrar un Cabo, con sueldo anual de 150 ducados más el derecho de ancoraje. Asimismo se ordenó que el fuerte estuviese servido por nueve soldados para las guardias y dos artilleros, con cien reales de sueldo anual (12). A fines del siglo xvii, el fuerte de La Guaira, consistente en muralla y castillo, tenía una guarnición militar compuesta por ciento treinta infantes al mando del Castellano, considerada ésta la principal defensa de la Provincia. La situación de estas fortalezas arruinadas, merece que nos detengamos en su descripción.

Las murallas de La Guaira consistían en unos paredones de tierra «incapaces de resistir la menor vatería...» se hallaban desmoronados por el salitre y el uso que habían prestado en los diferentes ataques piráticos, frecuentes en aquellos lugares. Por su estado ruinoso, sólo servía de trinchera o parapeto. En parecidas condiciones se hallaba el fuerte viejo de San Jerónimo, anexo a la muralla, que había servido de almacén de pólvora, alojamiento de soldados y de sala de armas; pero en los años que estudiamos, resultó inútil para cualquier servicio de defensa militar (13).

A principios de siglo, el Gobernador Cañas realizó alguna reparación con el costo de mil seiscientos pesos «...por haberse enteramente arruinado los dos valuartes de la puerta de la Caleta, de calidad que las caballerías entran por la muralla; y la artillería, como el terraplén ha faltado, está en medio de la calle...» (14). A pesar de esta reparación, cinco años más tarde (1716), la muralla quedó abierta por cuatro partes desde sus cimientos: precisamente por el lugar de entrada al Puerto desde Caracas (15). Por ello, ante una inmediata invasión, el paso a la capital quedaba expedito al enemigo.

(12) AGI. Santo Domingo, 682. Relación de oficios militares, políticos y eclesiásticos. Informes del Consejo de Indias. Diciembre 1706.

(13) Idem., 695. Carta de Ponte al Rey. Caracas, 12-III-1701.

(14) Idem., 696. Carta del Gobernador Cañas al Rey. Caracas, 24-XI-1711.

(15) AGI. Caracas, 63. Informe del Gobernador Bethencourt al Rey. Caracas, 2-IX-1716.

Respecto a Puerto Cabello, ningún dato sabemos que nos indique la presencia de un Castellano, ni de guarnición militar que sirviera para la defensa de aquel importante Puerto, cuya posesión supuso la llave de entrada a Venezuela, disputada un siglo más tarde por realistas y patriotas.

A las desmoronadas murallas y a la modesta guarnición militar hay que añadir la inutilidad del material disponible, que conocemos por los repetidos informes que el Gobernador Ponte envía al Soberano ante la trágica situación del territorio indefenso. Componía este material: unos cañones desajustados por el uso, que se descabalgaban con el ímpetu del disparo; unas docenas de «escopetas viejas, falsas y de mala fábrica»; una poca pólvora húmeda; y las escasas balas que quedaron del último intento de invasión. A esto se reducía las defensas del Puerto de La Guaira, el más importante desde el punto de vista militar y comercial de la Provincia, situado a 24 leguas de Curaçao y a 9 de Caracas, cuyas distancias se cubrían por caminos abruptos con fáciles y tentadoras entradas a barlovento y sotavento, sin navíos de guerra ni lancha vigilante que pudiera avisar el peligro inminente. Así Ponte pudo terminar su informe: «... el puerto no es posible se mantenga en el estado en que está; aunque sea socorrido por Caracas, perecería toda la gente sin fruto...» (16). En el mismo informe solicitaba material bélico con extrema urgencia, repitiendo hasta la machaconería la necesidad del envío, cuya relación consistía en: 500 escopetas, 100 pares de carabinas francesas, tres culebrinas de largo alcance, 170 hombres (además de los 130 que representaban la guarnición de La Guaira); pólvora en cantidad; municiones y cuerda. Las contestaciones del Consejo de Indias, son lamentables. Es evidente que la Junta de Guerra, el Consejo y el mismo Soberano, trataban de distraer el informe por no tener medios de enviar los socorros, ni poder atender la petición del Gobernador en los momentos más trágicos que vivió la Capitanía (17).

En tanto la Guerra de Sucesión se extendió por los campos europeos, y los anglo-holandeses se preparaban en el mar Caribe para realizar una invasión en las costas venezolanas. En la Isla de Curaçao, posesión holandesa, se concentró una flota compuesta de 14 navíos de guerra con importante guarnición y municiones; y en la isla

(16) AGI. Sto. Domingo, 748. Carta del Gobernador al Rey. Caracas, 25-III-1702.

(17) Informes del Consejo insertos en el documento citado en nota anterior.

de la Tortuga, posesión inglesa, se reunían 30 embarcaciones de guerra y 80 piraguas armadas. El pánico se extendió por la población venezolana en cuanto se conocieron estas noticias, y el bloqueo no tardó en hacer cerco en sus costas.

En Madrid, en el Consejo de Indias, se trató los problemas de defensa del territorio de Ultramar con la lentitud característica de este organismo, agravado ahora por los múltiples problemas que la Guerra de Sucesión española implicaba en la densa burocracia del Consejo. Baste decir que la Metrópoli no ayudó a la Provincia desarmada ni envió ingenieros que repararan los fuertes, ni siquiera hombres preparados en el ejército que pudieran afrontar las invasiones de la flota aliada.

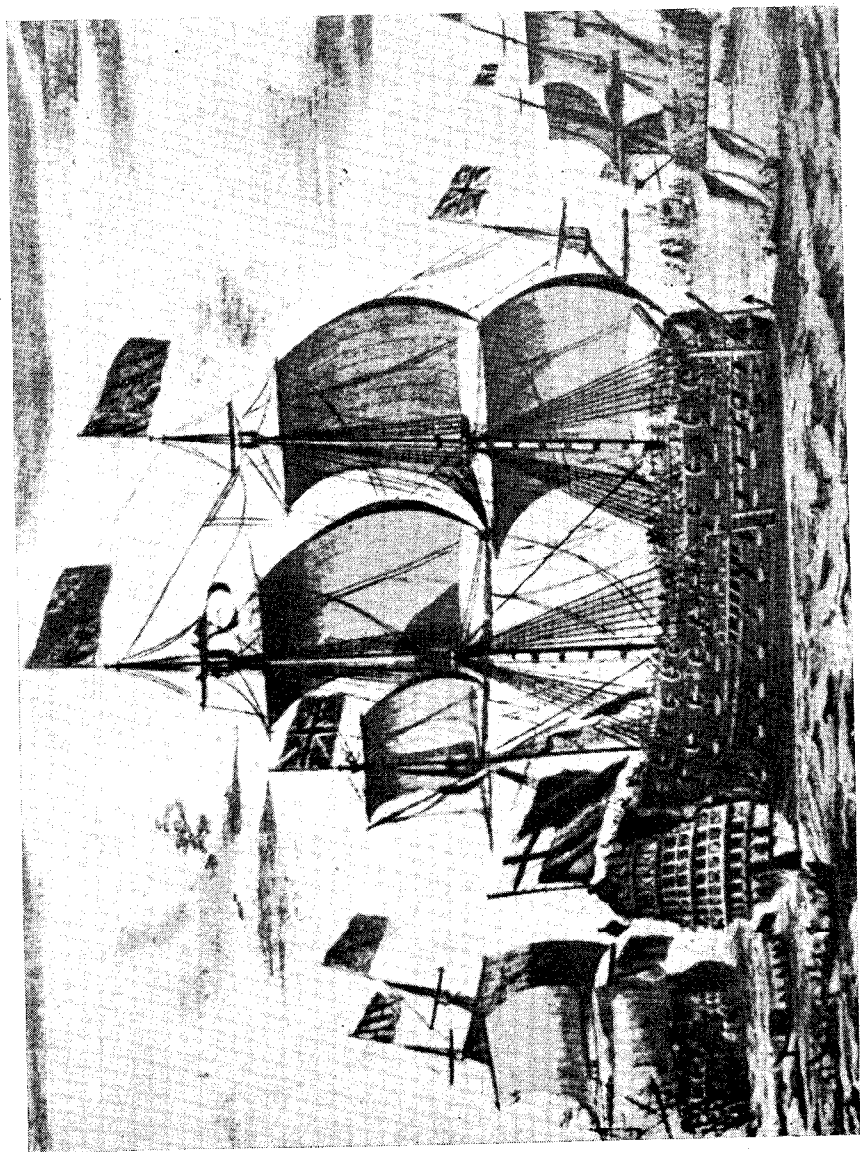
Plan de defensa (18)

La patética situación de la Provincia inerte, cercada por enemigos, tuvo un militar que supo prepararla con enérgica prontitud: el Capitán General don Nicolás Eugenio de Ponte y Hoyo se apresuró a defender el territorio contando con los escasos recursos de que disponía.

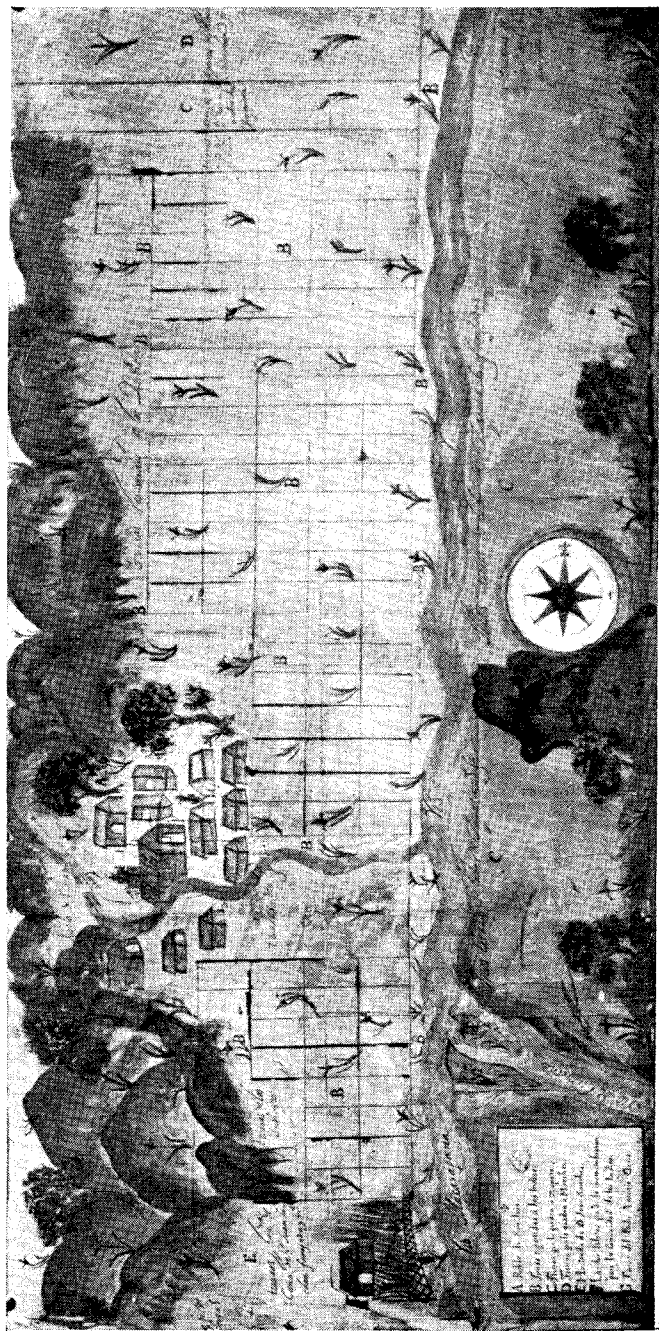
En primer lugar se preocupó de poner en pie de guerra a todos los hombres útiles. Para ello cursó órdenes a los militares, justicias y corregidores destacados en las ciudades, villas y pueblos, a fin de que estuviesen preparados militarmente. Recabó lista de hombres y material de armas y municiones; obligó a los paisanos acomodados a comprar armas; a los dueños de esclavos a que los proveyesen de lanzas; a los indios, a fabricar cuantas flechas pudieran llevar consigo y en los carcajes. A los militares les cumplía la obligación de mantenerse vigilantes y acuartelados.

El lugar vulnerable de las costas era el Puerto de La Guaira, y a este puerto Ponte prestó una especial atención: hizo fabricar trincheras, reparar con escasas posibilidades económicas las desmoronadas murallas y sobre todo mandó cortar los caminos que conducen desde la costa a las poblaciones del interior.

(18) Véase mi obra: *Isleños en Venezuela. La gobernación de Ponte y Hoyo*, páginas 46-55. Santa Cruz de Tenerife, 1960; con la citada documental correspondiente.



Grabado del siglo xviii, representando una nave inglesa de la época.



Plano del poblado indio San Juan de Maracapana, año 1703. (Archivo General de Indias, Sevilla)

Estos caminos, de una gran importancia estratégica, eran: el camino de Aguas Negras, casi inexpugnable por su situación. El de Tapatapa, que se extiende desde el mar a los valles de Aragua, por cuya razón era el más transitado de toda la Provincia. La cuesta de Aguas Calientes, que conduce a la ciudad de Nueva Valencia desde la costa. El pueblo de el Salto de Agua, situado en una distancia media entre Caracas y La Guaira, «...principalísima defensa de esta provincia», considerado lugar casi inexpugnable: sus flancos lo limitaban profundos barrancos cubiertos de espesa arboleda que hacía difícil su penetración. El camino que conducía desde La Guaira a este pueblo estaba además oculto por una loma estrecha que atravesaba el camino; a pesar de lo intrincado del ascenso, este lugar quedó inutilizado por medio de un foso. Para el paso de las Milicias se fabricó un puente falso. El sendero que conduce a Caracas desde el valle de Guarenas, a cinco leguas de distancia y el camino de Carguán fueron asimismo inutilizados.

«Estas son las mejores y más seguras defensas de la provincia.» El Capitán General ha aprovechado las defensas naturales para detener al enemigo en la costa, «...porque la gente de tierra, poco experta en las armas y nunca ejercitada en funciones de guerra, no es propia para aguardar en una campaña».

Ayudaron a Ponte en esta rápida empresa los capitanes don Alejandro Blanco, don Martín de Ascansio, don Guillén Home de Franquis y el Sargento Mayor don Juan Ascencio de Herrera.

En el pueblo de Maiquetia, cerca de La Guaira, y en otros lugares estratégicos se reforzó la vigilancia con guardias de a caballo, cuya caballería fue facilitada por personas hacendadas, ya que no disponía la Real Hacienda de medios económicos para adquirirla.

A fin de aprovisionar a los pobladores de armas y municiones, Ponte se dirige a la Isla de la Martinica, posesión francesa, gobernada por el Conde de Nau. Antes de decidirse a solicitar este socorro a quienes habían sido enemigos seculares, reconciliados en aquellas circunstancias con motivo de la alianza franco-española, había aguardado impaciente la llegada de una escuadra, también francesa, que recalaría en La Guaira como precioso refuerzo para la defensa. Esta escuadra venía al mando del Vizconde Coethlogon, y por circunstancias del bloqueo aliado, no pudo cumplir su misión en Venezuela. Pacientemente aguardan los pobladores el aviso de una segunda escuadra francesa que llevaría a La Guaira: barcos, municiones, inge-

nieros y víveres, al mando del Marqués de Chatterrenau, pero hubo de partir desde La Habana por las mismas razones que la anterior.

En tanto se aguardaba la espera de estos refuerzos, los cabos de las costas avistaban los navíos de guerra enemigos procedentes de Curaçao y de la Tortuga. Era tan alarmante la inminente invasión, que el Capitán General necesitó recurrir al portugués capitán Acosta y Pego, propietario de una balandra, para que se hiciese a la mar con cincuenta hombres armados, en dirección a La Martinica en busca de harina, cañones y otros pertrechos de guerra. Salió esta embarcación el 18 de marzo de 1702, para regresar con las inapreciables municiones de que estaba carente el territorio. Había muerto en La Martinica el Conde de Nau, que fue sustituido por el Gobernador Guitard; Msr. Robert ejercía el cargo de intendente.

La relación de armas importadas en esta ocasión desde La Martinica, es la siguiente:

- 4 cañones de hierro.
- 4 planchas de plomo.
- 200 bolas de hierro.
- 4 ajustes marinos con ejes y ruedas.
- 4 travesones y 4 miras.
- 4 bragueros.
- 4 planquines.
- 4 pies de cabra, de hierro.
- 4 espeques.
- 1 cuchara provista con sacatrapos.
- 2 botafogos.
- 8 guarda-cartuchos.
- 4 rifles.
- 50 quintales de pólvora de cañón.

Su peso total ascendía a 10.803 libras.

Este material supuso un gran alivio para los pobladores y una esperanzadora ilusión, la de poder llegar a comunicarse con la nación amiga, bloqueados como se encontraban y aislados de la metrópoli.

La ansiada espera de la flota francesa compuesta por 8 navíos de guerra que llegarían a La Guaira, llevando armas de artillería y alimentos, así como ingenieros para reparar la fortaleza y oficiales de Infantería y Artillería, se transformó en inquietud hasta que la realidad demostró que desde La Habana tuvo el Marqués de Coetlogon

que marchar a Francia. Los otros bajeles, guiados por el Conde de Chatterrenau, tampoco llegarían.

Mas el envío importado desde La Martinica, a que hemos aludido, pronto se agotó con los frecuentes intentos de invasión y ataques de estos años primeros de la guerra, los más duros para la Provincia.

En el verano de 1703 hubo necesidad de volver a La Martinica por refuerzos, pero de esta vez, los amigos franceses no pudieron socorrer porque se encontraba aquella isla con «... una gruesa armada de enemigos a la vista y no tener más municiones, armas y bastimentos que los necesarios para la defensa de la invasión que esperaba de dicha armada enemiga».

Busca entonces Ponte otro lugar en solicitud de material bélico y víveres; esta vez se dirige a la isla de Santo Tomás, posesión también francesa que socorre con lo que le es posible: pequeñas cantidades de pólvora y una apreciable cantidad de harina que agotada pronto, se tuvo que recurrir de nuevo a Santo Tomás. Con la particularidad de que el dueño de la nao disponible, el portugués Acosta y Pego, se hallaba preso por estar acusado de infidelidad a Felipe V, introduciendo propaganda del Archiduque y hubo de ser dejado en libertad ante las apremiantes razones de la escasez de harina y pólvora. Como es fácil prever, regresó la balandra, sin su capitán y dueño.

El Soberano español y el Consejo, no estuvo, a nuestro parecer, a la altura de las circunstancias trágicas, ni respondió con aliento a los patéticos informes que recibían desde Venezuela. Cuando el Gobernador dio cuenta al Soberano de sus peticiones de socorro a las posesiones francesas, éste despacha cédulas monitoras para advertirle que en lo sucesivo solicite lo necesario de los puertos españoles o de la Audiencia de Santo Domingo.

¿Desconoció el Monarca el bloqueo de la provincia, las fuerzas enemigas, las flotas que ocupaban el Caribe, la misma escasez de materiales de defensa en los puertos españoles? Evidentemente no. Solamente disculpa esta postura un tanto indiferente, los abrumadores problemas con que diariamente se enfrentaba en los campos de guerra europeos y nacionales, ante los cuales, la posible pérdida de las provincias de Ultramar, no parecía tener la trascendencia de las posesiones europeas. Al nuevo Soberano español le preocupó mucho más la pérdida de Flandes, Nápoles o Menorca, que de Venezuela o el Perú. No había tenido tiempo de conocer los territorios de su dilatado Imperio, y la guerra en Europa le hizo despreocuparse de

las graves consecuencias sufridas por los vasallos americanos. Cuando apreciamos a través de las firmas de los documentos, que el enérgico y decidido Capitán General va debilitándose, nos atrevemos a pensar que la triste realidad de la pérdida inminente de la Provincia aislada y sin recursos, debilitaría sensiblemente su razón al sentir sobre sí la tremenda responsabilidad de la defensa del territorio.

En aquellos años en que puso en pie de guerra a la Provincia, el Monarca no se interesó por la gravedad de los hechos, ni de la escasez del material que una y otra vez se solicitaba; ni siquiera de la falta de hombres preparados para la lucha, sino de avisar que cuidara del contrabando que pudiera hacerse en las costas al poner en ellas personas civiles, y manda que estos puestos sean ocupados por cabos militares para evitar el fraude en los reales haberes. ¿Es que ignoraba el Rey que no hubo número bastante, ni aún suficiente, de militares que guardasen las 200 leguas de costa?

Podemos afirmar que Ponte se encontró envuelto en la más grave situación porque había atravesado la Capitania General, y sin apoyo ni aliento que le ayudara en su difícil empresa. A pesar de ello, escribe: «... he estado empleado en prevenciones y resguardo, ymposibilitando caminos, fortificando puestos, atrincherando playas, cortando borques (sic) para hacer celadas al enemigo, separando y fortaleciendo los castillos y puertos de La Guaira, haciendo nueva cureña a la artillería y poniendo cañones gruesos de refuerzo en la playa proveyéndola de pólvora y valas... En todas las ciudades más vezinas a la costa están siempre aquarteladas las compañías. En las costas ai dobladas e indefectibles sentinelas y en las plaias todas las noches continuas rondas... Buelvo a representar a V. M. que aunque oi esta mas bien prevenida la Guaira que jamás ha estado, no obtante, tiene falta de artillería de más alcance y de pólvora y munisiones porque son muchas las que se gastan con las continuas ymbasiones de los enemigos. Y assi mismo en estos tiempos nessecita de trecientos hombres...»

III. MOVIMIENTOS DE INVASIÓN

Nos seguimos refiriendo a los años primeros de la XVIII centuria que, coincidiendo con el conflicto bélico europeo, motivado por el cambio de Dinastía española, tuvo repercusiones graves en la Capitania General.

Los aliados habían concebido un vasto plan cuyo punto de arranque era Venezuela, con miras a la penetración en el virreinato del Perú, a través de Nueva Granada. Para la realización del citado plan, necesitaban posesionarse de la Provincia, por lo que no dudaron en utilizar la vía diplomática, que tuvo a punto de alcanzar el éxito apetecido (19) y también la vía de la fuerza.

Veamos los diferentes intentos de invasión que se llevaron a cabo por parte de los anglo-holandeses:

Desembarco en las costas de Macuto

En 1702 ocurrió el primer ataque por sorpresa: los enemigos fondearon las balandras en el puerto, dejando fuera las embarcaciones mayores que no podían aproximarse por falta de calado en las aguas.

Comienza el desembarco sin resistencia por parte de los venezolanos, ya que carecían de artillería, castillo y fortaleza. Una vez que los invasores se preparaban para el avance, los indios de Macuto y de los pueblos cercanos, al mando de un cabo español, los atacan con descargas de flechas, que los obligan al reembarco.

Por segunda vez regresan, con mayor cantidad de lanchas y hombres, pero los indios ocultos vigilaban las operaciones de la costa, y les impiden llegar a tierra. Hasta cinco veces intentan el desembarco, que es recibido por una verdadera lluvia de flechas a la que corresponden últimamente los invasores con la artillería desde las balandras y los navíos surtos fuera. En esta difícil circunstancia en la que ya las flechas son ineficaces ante el alcance de la artillería, los flecheros se retiran a Guanapa para reforzarse con un grupo de 40 infantes al mando de un capitán español. Cuya retirada es aprovechada por los extranjeros, que logran el desembarco de 400 hombres marchando en ordenada formación hasta ponerse a tiro de mosquete. Ocasión decisiva, porque las tropas españolas ocultas pudieron salirles al paso y atacarlos por sorpresa. El resultado de este encuentro fue victorioso para los venezolanos; un capitán, un alférez y ocho soldados enemigos quedaron muertos, mientras los compañeros se daban a una desordenada fuga hacia las trincheras recién fa-

(19) Véase obra citada en nota anterior, y mi obra «La Casa de Austria en Venezuela durante la Guerra de Sucesión española». Salzburgo-Tenerife 1963.

bricadas por ellos en las playas. Lograron reembarcar valiéndose de la noche, y desistieron del desembarco en Macuto. Pero al día siguiente se dirigieron a La Guaira, que atacaron inesperadamente. Si bien los pobladores reaccionaron con rapidez e iniciaron una defensa activa que les impidió alcanzar su propósito (20).

Ataque en el valle de Carguan

Está el valle de Carguan situado en la zona vulnerable a la penetración enemiga; es, por tanto, uno de los lugares estratégicos y punto neurálgico para la invasión. Allí los holandeses desembarcan ocultamente con el propósito de realizar actos de sabotaje a fin de distraer las escasas fuerzas venezolanas. En esta ocasión fueron los esclavos negros quienes los pusieron en fuga precipitada, dejando 22 muertos en el campo. Estos éxitos no paliaron las graves necesidades y escasez de harina y municiones «... si Dios no socorre con su providencia se habrá de llorar bien presto esta sensibilísima falta...» (21).

Al parecer, fueron estos los más importantes ataques durante los años de la Guerra, y los que decidieron posteriormente cambiar las armas por un entendimiento recíproco, al margen de la Casa de Borbón.

Al finalizar el año 1702 pudo el Capitán General Ponte escribir al Rey dándole cuenta de que cuantos asedios intentó el enemigo en La Guaira quedaron victoriosas las armas españolas y burladas las extranjeras, sin pérdida de ningún hombre español y «... con muerte de muchos holandeses...» (22). Cuyo documento nos hace suponer que fueron varios los frustrados ataques a las costas.

Intento de desembarco en La Guaira y en Macuto

Un nuevo intento lograron los aliados hacia los últimos días del mes de diciembre de 1702 y primeros de enero de 1703. Concretamente, entre el 24 de diciembre y el 14 de enero. Se aproximaron a las Costas de La Guaira con dos grandes bergantines hasta ponerse a tiro de la artillería, en cuyo lugar permanecieron durante un día sin

(20) AGI. Santo Domingo, 748. De Ponte al Rey. Caracas, 25-V-1702 y 24-XII-1702.—Y obras citadas en nota (19).

(21) Documentos citados en nota anterior.

(22) Documentos citados en nota (20).

que los venezolanos se arriesgasen a disparar por temor a gastar la pólvora, que escaseaba, pero atentos y vigilantes a sus movimientos. Los enemigos temieron una emboscada y abandonaron el sitio para dirigirse de nuevo a las costas del valle de Macuto «... a tres leguas de La Guaira, por sotavento». Otra vez la eficacia de los indios ocultos desbarataron las unidades de desembarco, disparando sus flechas certeras, que obligó al enemigo a reembarcar precipitadamente con muchos heridos. Cuyos indios procedía del pueblo de Maiquetía (23).

El año 1703, fue duro para la gobernación. Los anglosajones se unían y se reforzaban en constante amenaza, mientras Venezuela, bloqueada, hambrienta, con pestes y plagas, no podía oponer más que la heroicidad de sus hombres entre quienes es significativo destacar a los indios y aún a los negros.

Continúa la alarma y la amenaza constante: en la primavera de este mismo año de 1703 llegan noticias de que 14 navíos de guerra fondeados en Curaçao se preparaban para la invasión; la alarma dada en Puerto Cabello corre como polvorín por todo el territorio. De Cumaná y del Valle de Chuao llegan asimismo informes de 30 navíos de guerra anglo-holandeses preparados en la Tortuga para el mismo fin (24). Por fortuna, la invasión no se llevó a cabo. A partir de estos sucesos comienza a disminuir la tensión.

Hacemos destacar la importancia que los flecheros indios tuvieron en la defensa del territorio durante la Guerra. A ellos y a los lanceros esclavos se debe el éxito de los contrataques, cuya eficacia debe valorarse lo justo. Es cierto que sus jefes eran criollos o españoles, pero a aquéllos les cabe el honor de haber sido las Milicias que se enfrentaron con el ejército europeo y pusieron en fuga sus naves. Ejército y naves pertenecientes a las naciones anglo-holandesas, poderosas y temidas en el Viejo continente.

* * *

La retirada de las fuerzas aliadas coinciden con la gravedad de los problemas en el interior de la gobernación, al tomar partido por el Archiduque personas de importante relieve con cargos civiles y mili-

(23) AGI. Santo Domingo, 748. De Ponte al Rey. Caracas, 14-I-1703.

(24) Leg. cit. en nota anterior. Caracas, 25-V-1703.

tares. Nos parece que una alarma suplió a a otra. Faltó la serenidad al perderse la esperanza de una ayuda exterior o de la Metrópoli. Se sucedían graves hechos en cadena: la enfermedad del Gobernador; las divisiones políticas, las arbitrariedades y el desconcierto. Pero todo esto eran ya problemas de casa, prueba que la gravedad de los acontecimientos exteriores había pasado. Hay, sí, hechos aislados, que registramos, pero sin envergadura ni plan serio de invasión: un intento de ataque por parte de los holandeses en el año 1705 «... a barlovento de la Guaira, distante una legua», la sorpresa hizo a todos los soldados confesar, y resultó un nuevo éxito para los criollos (25).

Continuaba, sin embargo, el peligro en el tráfico marítimo. Hasta 1705 no llegó el navío de registro español. En 1706 fue hundido el «Ave María», por holandeses piratas, si bien la tripulación se salvó tras una tenaz lucha, los frutos de la tierra fueron robados (26).

Un grave suceso ocurrió en este mismo año en la Florida, que conmovió a todas las costas del Caribe, repercutiendo en Venezuela (27). Parece que el objetivo de la invasión se dirigía ya hacia el Norte. El lugar de concentración de fuerzas se desplazó de Curaçao a Jamaica; si bien las potencias angloholandesas continuaron unidas, parece que Curaçao prefirió reanudar el comercio venezolano que le importaba pingües ganancias, cediendo el puesto director a los ingleses de Jamaica, que buscaron otros escenarios americanos. Los holandeses pasaron a ser entonces meros colaboradores de la empresa británica.

De esta última potencia se tenían noticias que contaba con 30 navíos de 40 a 70 cañones, distribuídos en escuadras por los distintos parajes americanos unas y en Jamaica otras; lugar éste último de astilleros donde fabricaban embarcaciones medianas. No sólo en Jamaica se fabricaban navíos, sino en otros lugares de posesión inglesa, posiblemente para el corso (28).

(25) AGI. Santo Domingo, 794. Carta del Provisor del obispado al Rey. Caracas, 26-IV-1719.

(26) AGI. Santo Domingo, 696. Del Gobernador Rojas y Mendoza al Rey. Caracas, 23-XI-1706.

(27) Leg. cit. en nota anterior. Carta del Gobernador Berroterán al Secretario real Aperregui. Caracas, 29-VII-1706. Puede leerse en apéndice de obr. cit. «La Casa de Austria...».

(28) Documento citado en nota anterior.

Los holandeses habían reducido las naves del corso —apenas si lo necesitaban—, teniendo tan expedito y fácil comercio en las costas de Cumaná y Venezuela. Los barcos que empleaban eran pocos y medianos: bergantines y balandras propios para el comercio.

En tonces la flota española tuvo menor riesgo, pudo renovar el tradicional recorrido a Santo Domingo y Puerto Rico, por lo que aumentó también las comunicaciones con la Metrópoli. Aunque sólo fueron comunicaciones de contacto, sin que supusiera ayuda de pertrechos de guerra o abastecimiento de víveres; pero los venezolanos se desquitaron del abandono, comerciando con Curaçao. Las comunicaciones con Cartagena de Indias y Veracruz también se reanudaron a pesar del riesgo, si bien ya no era tan inminente.

* * *

La enemistad hispano-holandesa sentida por los criollos leales con vino, pues, cambiarla por un entendimiento comercial. Venezuela y Curaçao orientaron sus tratos al margen del protocolo y de la ley, porque ambos territorios necesitaron subsistir. El desplazamiento de las flotas aliadas desde Curaçao a Jamaica, facilitó la mutua comprensión.

Prueba ello que cuando el Gobernador Cañas dictó penas drásticas para quienes practicaran el comercio ilícito, los de Curaçao armaron las balandras de comercio y comienzan a apresar los barcos que hacen la ruta desde los distintos lugares de la costa del Caribe a La Guaira. Se encontró a un capitán de balandra holandesa, que fue hecho prisionero, una patente en que se le prevenía no se le hiciera daño a los partidarios del Archiduque, *ni a los españoles comerciantes de aquellas regiones* (29). De forma que comerciante era sinónimo de amistad. El comercio de Venezuela ganó la batalla que tenía perdida Felipe V, y firmó la Paz, que al margen de la ley era más honrosa, pues igualaba a las potencias. La firmaron por Venezuela y Curaçao cualquiera de los comerciantes que cambiaban cacao por harina, en un impreciso lugar de las doscientas leguas de costa venezolana, brindando quizá con la

(29) AGI. Santo Domingo. Del Gobernador Cañas al Rey. Caracas, 24-XI-1712.

malvasía canaria, único producto que llegaba de la metrópoli a los exhaustos criollos.

La paz de Utrecht llegó sin entusiasmo. Gobernada la Provincia por el feroz Francisco de Cañas, podía decirse que la guerra estaba dentro de su territorio, y la paz llegaría con su destitución.

* * *

Las ilustraciones que acompañan a este trabajo han sido facilitadas por la autora del mismo.